

Los Libros

UN NOVELISTA DE RAZA

Nos cuesta admitir que nuestros cuadros intelectuales pueden ser alterados. Todos llegamos a crear nuestras caperuzas nominativas. Nos vestimos de piel, y luego nos ajusta como jubón de adolescente.

Las ideas también suelen ser así. Las clasificaciones son. Creo haber andado los caminos de la novela americana con más ahinco que muchos. Hasta he escrito mi derrotero *ad usum mihi*. Sin embargo, una mañana en Concepción, la docta ciudad del sur de Chile, me sale al encuentro una nueva certidumbre, digo, una refrendación de mi ignorancia. Al terminar una conferencia, me tiende la mano un hombre ligeramente oliváceo, de gafas, modesto en el hablar, de profesión farmacéutico. Me anuncia un libro. Me llega, lo empiezo a leer y . . . lo he leído dos veces. Desde hacía tiempo no leía autor americano de tanta savia. Para que no se disculpe mi ignorancia, el libro apareció hace dos años. El autor se llama Daniel Belmar; la novela, *Coirón*. Leerla es sentirla. No siempre ocurre así.

Suelo mirar con recelo todo lo folklórico dragoneando en literatura. Me encanta el folklore, pero en su sitio. El criollismo es algo que me inspira mucha desconfianza. El de Belmar es otra cosa. Si se lo define como criollo, le ha nacido al ismo correspondiente, justamente la rama que le hacía falta, o han florecido las que lucía.

Asoma un fácil paralelo: a él echa mano también Mariano La-

torre, en un prólogo lúcidamente escrito, por encima de cuanto en materia crítica acostumbra el autor de *On Panta*, y, además con una insólita franqueza, con limpidez de estilo y pensamiento. Se trata de Güiraldes y su *Don Segundo*. Tal vez, por tratarse de gauchos, aunque éstos de Belmar se parecen más a los de *Martín Fierro* que a los de *Don Segundo*. Y si se repite la analogía de un terco infinito (caminar, caminar, caminar, en Güiraldes; cabalgar, cabalgar, cabalgar, en Belmar), el ambiente difiere sustancialmente.

Reina en *Coirón* mucho de campero y rural, pero, sobre eso, lo humano que carece de ubicación geográfica. Por técnica podría reprochársele que los dos hermanos mueran tan seguido. Me he habituado a cotejar novelas y vidas, y he aprendido a dar por inverosímil la vida y por verosímil la novela. Tales reparos no salen jamás en mi comentario. Por ese u otro lunar, cuanto de poesía viril. El padre y sus largas ausencias; y su regreso con su justicia de terrible laconismo; los hermanos reemplazando al viejo, y ese criminal Mocho y tuerto que viola a la anciana y mata a Adrián, son figuras que no se olvidan. Tal vez habría sido mejor para un desenlace más literario, no llegar a la venganza. La vida suele cumplir justicias que las letras rehuyen. Son más tercos los hechos que los autores, y el libro de Belmar, no se olvide, brota de su propia existencia, es un trozo de memorias.

No exhibe Belmar voluntarias y clamorosas galas literarias. Lo suyo tiene algo de espontáneo, de natural. Las metáforas brotan porque sí. La forma se adhiere a la idea como la carne al hueso, redondeando sus angulosidades, suavizando sus aristas. Además, practica una forma de retórica arretórica. Es decir, que utiliza un lenguaje denso, pero apretado. Sus pinceladas de paisaje son las de un esbocista certero: no rellena.

Los apuntes psicológicos fluyen de los pechos, no de un retrato estático. Existe una dinámica definitoria. Sus reseros carecen de abalorios pintorescos: viven, sudan, sufren, padecen y reposan. Hasta los avestruces tienen en *Coirón* una personalidad nada doméstica. Y las boleadoras trazan rúbricas de violencia en los aires antes

de enredarse en los cuellos o patas de los animales, o en el cuerpo del criminal Mocho.

El libro de Belmar constituye a mi juicio un auténtico descubrimiento de una región y su pintor. Gran novela; mayor promesa aún.—LUIS ALBERTO SÁNCHEZ.



“LEGAZPI” y “EL PRÍNCIPE SATURIO”, dos libros de José Sanz y Díaz

José Sanz y Díaz es ampliamente conocido en América Latina como agudo y documentado crítico literario y como medular ensayista en el campo de temas hispánicos o hispanoamericanos. Bien poco es lo que de él se sabe como cuentista, novelista y animador de las grandes figuras del pasado. Tenemos sobre nuestra mesa de trabajo dos libros suyos de los más recientes: *Legazpi* y *El príncipe Saturio*. Hablemos de ellos en este mismo orden. *Legazpi*, editorial Gran Capitán, Madrid, es la biografía seminovelada (y decimos “semi” porque el autor jamás se aparta del terrero estrictamente histórico al revivir al personaje y su época) de don Miguel López de Legazpi, Adelantado y Conquistador de las Islas Filipinas. He aquí un magnífico sujeto de estudio para un hombre como José Sanz y Díaz, enamorado de las glorias de la España Imperial, de Carlos V y de Felipe II. Es curioso lo que suele pasar con ciertas figuras de la historia: el carro de la fama deja atrás a hombres dignos de Plutarco o Carlyle y el mundo queda ignorando mucho de lo que ellos hicieron de noble y grande en bien de sus respectivos países, de su fe o de la humanidad. Mientras Hernán Cortés y Francisco Pizarro son profusamente conocidos a todo lo ancho del mundo, Legazpi, que dió a su rey un dominio de tres mil islas grandes y pequeñas, ricas y pobres, mansas y salvajes, empeñando para ello hasta sus propios bienes materiales y sacrificando el descanso de una edad ya madura, es apenas conocido por una minoría de gentes cultas y educadas. En el plano moral, Legazpi es mil veces superior a la